

LE OFRECE:

Colección RITMO UNIVERSITARIO

Los documentos constitucionales y supra-nacionales con inclusión de las Leyes Fundamentales de España, por Luis Sánchez Agesta. 256 páginas, 150 pesetas.

Los textos constitucionales más importantes del mundo actual, declaración de derechos humanos, Constitución rusa, Constitución francesa, Constitución inglesa, Leyes Fundamentales españolas, etcétera.

Colección LIBROS DIRECTOS

El nacional-sindicalismo cuarenta años después, por Juan Velarde Puertes. 310 páginas, 100 pesetas.

Un interesante libro que enfoca, desde la perspectiva actual, la entraña económica del nacional-sindicalismo con sus logros y retrocesos.

Una misión sin importancia, por Juan López. 265 páginas, 80 pesetas.

En este libro se relata una misión llevada a cabo por una Delegación de Sindicalistas de la CNT y las luchas internas que subyacían en el bando republicano durante la guerra civil.

La historia perdida del socialismo español, de Ricardo de la Cierva. 252 páginas, 90 pesetas.

Obra montada sobre una serie periodística de hace dos años a la que se ha añadido un conjunto de opiniones sobre su contenido y diversas notas de complemento.

Segundo de Chomón, por Carlos Fernández Cuenca. 206 páginas, 100 pesetas.

Obra muy interesante al comienzo de la celebración del centenario del primer cineasta español que alcanzó nivel europeo.

Don Juan Carlos, ¿por qué?, por Juan Luis Calleja. 234 páginas, 80 pesetas.

Se trata, sin duda, de uno de los libros más importantes para comprender la entraña y el futuro del Régimen actual.

La Iglesia desde el Estado, por Alfredo López. 156 páginas, 60 pesetas.

Nunca como ahora han necesitado la Iglesia de España y el Estado pensar juntos en su presente y su futuro. El autor no oculta ningún problema, avanza sobre todos ellos con espíritu de paz, pero sin concesión ninguna a lo fácil.

China-URSS: entre la geopolítica y la ideología, por Vicente Talón. 398 páginas, 120 pesetas.

La confrontación chino-rusa vista por un testigo de excepción. En esta obra, el autor, con un original planteamiento, nos descubre el mecanismo interno de ambos países.

Colección ESPAÑA EN TRES TIEMPOS

La ideología militar hoy, por Manuel Cabeza Calahorra. 352 páginas, 200 pesetas.

Un interesantísimo estudio sociológico, político y militar realizado por el general segundo jefe del CESEDEN y triángulo por el hasta ahora jefe del Estado Mayor Central, teniente general González Camlino.

Colección MUNDOS ABIERTOS. Serie América

España y las luchas sociales del Nuevo Mundo, por Indalecio Liévano, senador colombiano. 342 páginas, 180 pesetas.

Obra realmente magistral, que puede introducir al lector español en un problema profundo de la Historia de América.

OBRAS DE PROXIMA APARICION

Drogas y toxicomanías, por el doctor Octavio Aparicio.

Un fraude a la fiesta brava: el afiteado, por Ramón Barga Bensussan.

La guerra de España y el cine, por Carlos Fernández Cuenca.

PEDIDOS EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS Y EN:

EDITORIA NACIONAL. Palacio de Congresos y Exposiciones. Avenida del Generalísimo, 29. Madrid.

LIBRERIA EDITORA NACIONAL. Muntaner, 221. Barcelona-11.

LIBRERIA EXPOSICION. Avenida José Antonio, 51. Madrid-13.

LIBRERIA ESPAÑOLA. Paraná, 1.157. Buenos Aires (República Argentina).



A RTE

Antonio Saura. Ilustraciones a tres sueños de Quevedo: Juana Mordó

Ya hacía mucho tiempo que Saura quería ilustrar a Quevedo: a «Los sueños», precisamente. Parece que le debía esa especie de homenaje al padre barroco de su fantasía. Y aun cuando el libro —editado en Francia— está en francés, su texto tiene sabor de época, pues se trata de la primera traducción francesa de «Los sueños», realizada, creo que en Lyon, a muy pocos años de publicada la edición española.

Saura es un barroco de línea quebrada. Esas palabras parecerían contradictorias, pues lo que el barroco tiene de crecimiento en permanente estado autogenerativo, de volatilización formal, de aspiración a intervenir en todos los lugares de un infinito insinuado, parecerían comprometerlo siempre con la linealidad sin fin de la curvación, como en esas columnas torcas, que llaman salomónicas, que parecen detenerse sólo por un mandato externo a ellas, pero no por ninguna ley de funcionalidad restrictiva; o como en esos campos de curvas opulentas, humanas o no, femeninas o no, que presidían, como un mandato, toda la obra de Rubens. No: la legislación curvilínea —por barroca— de Antonio Saura está por encima de la propia curva. Se desprende de una tendencia direccional —más que propiamente formal—, y a ella queda supeditada la forma misma. Su barroquismo se deduce más bien de una tendencia —con frecuencia plenamente realizada— a la ocupación total del vacío disponible mediante la disposición elíptica —a veces laberíntica— de su narrativa, la cual, con frecuencia, para estar más acorde con la narrativa misma, realiza algo así como una transiferencia de su potencia representativa en su reivindicación escrituraria,

pues sus formas es como si abandonaran su faz aparenicial en favor de una cierta apertura signográfica.

Pero además... conviene no perderse en la demostración que persigo. Me interesa aclarar con una síntesis esa contradicción que parece desprenderse de la doble condición que significa, por una parte, ser barroco y, por otra, practicar una línea quebrada en su figuración. Pues lo primero parece implicar un compromiso con la curva opulenta, y lo segundo, con los quebrantahuesos rectilíneos.



Pero además —continúo— es que Saura es un barroco español. Quiero decir, no un barroco a la manera de Rubens, que nos estuviese invitando siempre al fastuoso y formidable festín de todas las opulencias, sino un barroco a la manera —justamente— de Quevedo, el cual nos convida siempre a sólo una gran ensalada, eso sí, complicadísima, en la que intervienen todos los elementos de la pobreza hispana: el pícaro, la bruja, el hambriento, la furcia, el mendigo y el inquisidor... Y quiero decir también que ese barroco hispano no está indisolublemente ligado —como en Rubens— a la curva opulentísima de lo que continúa, sin fin, su propia inercia autogenerativa de aspiración al infinito. Porque la ley del barroco español también, claro, prescribe el infinito, pero no necesariamente ocupado y conquistado por las formas, sino, como en Velázquez, insinuado, planteado, reconocido y, en todo caso, formulado, pero no conquistado —esta no es una tierra de grandes palacios— por ningún tipo de formas.

En fin, nada más escribir lo que ya llevo dicho sobre lo español y lo barroco siento como la necesidad de una explicación. No, yo no digo que los españoles sean así metafísicamente; digo que son así históricamente. ¿O no?

Lo de Saura con respecto a Quevedo sería una mera ilustración erudita o simplemente culturalista si el mundo «esperpéntico» que Quevedo evoca hubiera tenido su fin con el fin del siglo XVII. Pero ya sabemos que no fue así, que ese clima, esos personajes y ese mundo se prolongó a través de los siglos hasta tocar el nuestro. Precisamente, y como por azar, he tocado el concepto «esperpéntico», acuñado por Valle-Inclán para caracterizar en el siglo XIX las realidades que Quevedo ya tocaba en el siglo XVII.

Lo demás es el libro en sí mismo. Ya he dicho que la traducción francesa es casi contemporánea de Quevedo, con lo que se beneficia de un arcaísmo que toca directamente a sus fuentes. Todo el libro está compuesto a mano y usa bellísimos tipos, también arcaicos, de una gran claridad. Hasta casi cincuenta litografías de Saura ilustran sus páginas, muchas de ellas a doble página o a página entera. Pero muchas otras, empleadas como viñetas o como ilustración lateral, se inscriben tan perfectamente en la composición tipográfica que se diría concebidas conjuntamente.

No tengo a la mano en este momento ningún ejemplar para transcribir los datos más importantes de la justificación de tirada. Pero, como de costumbre, se garantiza en ella la inutilización de las piedras litográficas que han servido para la tirada de los 140 ejemplares que cada litografía comporta, para salvaguardar la limitación y rareza de las mismas. Esa es una costumbre establecida por la bibliofilia en general, de la que nadie es responsable. Pero a mí siempre me parecerá una barbaridad esa limitación artificiosa de las cosas del arte.

Claro está, el libro es una novedad, no de Quevedo, sino de Saura. ¿Una novedad dentro del mundo de Saura? No, en ese sentido es una persistencia. Saura es un demonista. Toda la obra de Saura —y, por supuesto, también este libro— comporta un pacto con el demonio. Saura es un viejo amigo del demonio. Eso es lo que mucha gente no ha entendido todavía en su persona: su demonología, su «theologia diabólica». Eso no quiere decir que sea una mala persona, no. Quiere decir que le gusta el diablo como ingrediente de la vida. ■

J. M. MORENO GALVAN.